

Cartagena, La Unión y Diputación,
nes, un mes. 1 pta.
Región, trimestre. 4 »
Resto de España, un año. 15 »

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Teléfono núm. 143

NUMERO SUELTO 5 CÉNTIMOS

AÑO III.—NÚMERO 855

La Mañana

Diario independiente

General 20 céntimos línea.—Anuncios especiales, esquelas, etc., precios convencionales.

Pagos adelantados

Redacción y Administración
Plaza de Valarino fogores, núm. 12, 1.

25 ejemplares 75 céntimos

Cartagena, sábado 10 Septiembre 1910

LA ACCIÓN EN MARRUECOS ES NECESARIA

EL REPARTO ESTÁ YA DESCONTADO POR EUROPA

Ejército y Escuela son elementos de civilización

La hora ha llegado. El Maghzen no puede subsistir. En el reparto, cree "El País" que la costa de enfrente debe ocuparla España? Manera de crear el Ejército colonial. La guerra, selección natural. Tarea de civilización y de justicia. El terruño y las minas son bienes sin producción, buen premio de la victoria. La emigración.

PARA «EL PAÍS»

El País, con la benevolencia con que siempre me distingue—cosa que le agradezco de todo corazón—en su artículo de fondo de ayer, critica el mío de «El Mundo» del día 5 y se muestra contrario a nuestra intervención armada en Marruecos, por considerar dicha guerra injusta y antieconómica para España. Creo que el ilustrado periódico republicano comete un error—de buena fe, naturalmente!—al juzgar el problema de ese modo, aunque es ya labor patriótica la suya dando publicidad a dicho asunto, siquiera sea combatiéndolo. ¿Por qué pienso yo que esta equivocación El País y los que como él opinan al apreciar de modo desfavorable nuestra acción militar en el Norte de África? He aquí las razones:

Parece ser cosa descontada en el programa político de Europa la disolución del Imperio otomano y el reparto de Marruecos. La ocupación de la Chaouia por Francia, el avance hacia Taza y Fez de las tropas argelinas y el andar buscando a Tafilet, al través de los Beni-Ber, por los soldados de la República nuestra vecina, son pruebas y señales evidentes de que la hora ha llegado. El estado de civilización en que viven hoy los pueblos cultos hace imposible la existencia, a las mismas puertas del progreso universal, de esa nación bárbara, degradada, inmoral, sanguinaria y anárquica, en la que se vive sin otro derecho de gentes que la fuerza bruta del fusil y de la gambia y sin más justicia ni ley que la que cada cual se toma por su propia mano. Partiendo de este orden de cosas, pregunto yo a El País: Cuando ese reparto llegue—que está en el aire, se está haciendo ya!—¿puede ser indiferente a España que la costa de enfrente la ocupemos nosotros o caiga bajo la soberanía de otra nación extranjera? ¿No quedará comprometida y amenazada nuestra independencia nacional con que otro pueblo civilizado—que no seamos nosotros—se haga dueño de la tierra marroquí? Siempre que esto ha pasado en la Historia, España ha muerto como Nación. ¿Puede ver sin importarle El País que Francia nos sitíe y acorrale entre el Pirineo y el Estrecho? Porque el final de todas las dudas y vacilaciones nuestras sobre la vital cuestión, al paso que llevamos, será ésta, pues mientras nosotros discutimos, Francia avanza y avanza.

Estoy seguro que con sólo la anterior reflexión, el acendrado patriotismo del rotativo de la calle de la Madera reaccionará y, descendiendo de idealismos y utopías sublimes, se pondrá a tono con la realidad. No vamos a la campaña marroquí porque nosotros la elijamos; es que se nos impone, sin que esté en nuestra voluntad el evitarla o no. Piense El País lo que será de España si Francia se apodera de Marruecos: ¿lo más, ¿lo más a que quedaría reducida nuestra Nación sería a un vivero humano de carne servil con que poblar, por medio de la emigración, los «terrenos baldíos» e insalubres de los Estados poderosos, de donde el español acabaría en esclavo, amarrado a la esteva que produjera el trigo para los demás.

Al lado de ésta hay otra razón de gran peso que me inclina también a pensar del modo que manifiesto desde hace un año en mis artículos de «El Mundo». Por razones históricas que no son del caso—resultan ya tan viejas!—nos encontramos sin haber podido organizar todavía convenientemente los dos elementos de la civilización: el Ejército y la Escuela. Sin Ejército y sin Escuela no hay cultura, ni riqueza, ni paz, ni justicia, ni respeto ajeno, ni bien propio, y todo es desbarajuste y perdición; el maestro y el soldado son los dos creadores del progreso. Pero en esto del cuartel y de la Escuela hay una prelación que es preciso tener siempre presente. El soldado ha de proceder al maestro; tal es el orden de la Naturaleza, como el cerebro resul-

ta un producto del sistema nervioso periférico y de los músculos que loorean. Mas ¿de qué manera nos hemos de comportar para hacer nosotros un Ejército? Porque un Ejército no es cosa teórica; no son guarismos en el papel ni deslumbradores uniformes paseados por la calle, El Ejército, síntesis, en resúmenes cuentas del estado espiritual de un pueblo, constituye una máquina maravillosa, compuesta de seis factores: amor a la Patria, cultura, disciplina, valor, pundonor y la virtud sublime del sacrificio. ¿Y tendremos en España fórmula posible de hacer ese Ejército? La hay muy sencilla, bien fácil... ¡Ahí está Marruecos; ese es el laboratorio donde hemos de crear nuestro Ejército!... El amor a la Patria es legionario entre nuestros soldados; la disciplina, el valor, el pundonor y la virtud del sacrificio son perfecciones que la pasada campaña de Melilla proclamó a gritos. ¿Qué nos falta? ¿Experiencia?... El uso de la función la dará.

Pero ahora recuerdo que a esa guerra la llama El País injusta. ¿Por qué? Las guerras son justas e injustas según sus finalidades; no según sus motivos. Justa fue la guerra de Alejandro contra Asia; justa fue la guerra de Roma contra Cartago; justa fue la guerra de los árabes contra los godos; justa fue la guerra de nuestra reconquista contra los árabes; justa fue la guerra de Prusia contra Francia; justa ha sido la guerra del Japón contra Rusia, y justa será la guerra nuestra contra los moros. Toda guerra en que un estado de civilización superior o un perfeccionamiento espiritual tienda a destruir una fórmula más baja, es guerra justa... A mí me repugna la guerra—cómo no!—del mismo modo que me repugna todo lo que signifique violencia. Pero comprendo que la guerra es un procedimiento intensivo empleado por la Naturaleza en el avance de la selección.

Nuestra guerra en Marruecos no será injusta, porque se hace para el triunfo del progreso; porque es guerra en favor del débil, oprimido por la brutalidad de la fuerza; porque lleva el luminar del derecho con que desentenebrece unas conciencias infelices y salvajes; esa guerra la promovemos por el triunfo del bien, por el imperio de la justicia, por la soberanía de la civilización. Egipto era un país de barbarie, en el que no existía ni aun el respeto a la gente; la cultura lo subyugó por las armas; hoy puede ir allí todo el mundo hasta la segunda catarata del Nilo, seguro de hallar siempre el amparo de la ley. ¿Ha perdido o ha ganado la Humanidad con que los ingleses amarrasen el Egipto a su poderío?

La injusticia de nuestra guerra en Marruecos sería cuando fuésemos a esclavizar a los moros mirando a un mero egoísta y vil. Pero, ¡si vamos a hacerlos iguales a nosotros, libertando sus cuerpos y sus almas de una servidumbre abominable! ¿Dónde está aquí la injusticia de la acción?... ¡Dígan qué los vamos a quitar a ellos lo que tienen! Más, ¿qué es lo que tienen los moros? ¿Trabajan acaso sus minas? ¿No? Pues la Humanidad necesita el hierro para hacer cosas. ¿Laboran sus campos? ¿No? Pues la Humanidad necesita el trigo que deben producir no fuera que por respetos a que el grito del Níger se pasara por bosques de la fértil África, o blanca europea, civilizada, raza del trabajo y del ideal, privada de lo que pueden aquellas tierras vírgenes!

No; en Marruecos, casi todos los bienes sin producción, bienes que apoderarse de ellos para el t realizar una conquista noble, humana. Así lo ha hecho España, repartiendo gran parte

soldados, y donde antes reinaba la desolación y el desierto, se alza ahora la granja europea, rodeada de flores, henchida de frutos, limpia, amena, encantadora. ¿Por qué no hemos de hacer nosotros lo mismo que hace Francia? Si nos apropiáramos, en Melilla, de las llanuras de los Bulad-Settat, de los Beni-Ukil, del Bu-Erg y de El-Garet, ¿a quién se lo quitáramos? ¿No están estas regiones incultas y sólo a merced de unas desarrapadas tribus de nómadas y bandidos?... ¿Y pensar que con el auxilio de la barrena artesiana todas esas tierras muertas se transformarían bien pronto en verjeles y en campos ubérrimos que podrían ser la vida de tantos españoles como huyen hambrientos a buscar pan a las regiones insalubres de Panamá y de las plagas americanas! ¿No es lícito recoger al propio solar de la Patria toda esa sangre española que Francia consume en colonizar sus tierras africanas? ¿Por qué no hemos de encanizar hacia Marruecos nuestra corriente de emigración? ¡Es que aquí hay dos leyes, una para nuestros vecinos y otra para nosotros!...

Creáme El País, créame España Nueva, cuyo artículo de anoche con pena he leído: la conquista nuestra en Marruecos sería la salvación moral y material de España, y, de añadidura, la redención de los mismos moros.

Pongo un sucedido cemo final de este artículo. Del Campo de Cartagena, tres familias de mineros iban a emigrar al Brasil; la paralización del trabajo había apurado a los infelices todos los recursos. En la barbería del poblado leía en alta voz el maestro mi artículo de El Mundo, aquel en que yo hablaba de las minas del Rif, reproducido por La Mañana de aquella ciudad. Uno de los emigrantes, que escuchaba, interrumpió de golpe:—¿Es que en Melilla hay minas?—¡Y muy ricas!, según dice D. Tomás (así me llaman por allí), le contestó el barbero. Pasada una semana, dos de aquellos hombres se trasladaron a Melilla, tras éstos fueron sus familias, después otras más, y hay actualmente tal efervescencia y entusiasmo entre los mineros de Almería y Cartagena, que poco tiene que hacer ya el Gobierno para que toda esa gente desborde en el Rif. Cuando me contaron el caso, confieso que me emocioné, y encerrándome dentro de mi pensamiento, como oración rezada por la Patria, dije:—Señor, que mis pobres artículos lleguen hasta la última aldea de España; ese será el precio de mi trabajo!

Tomás Maestre.

Rogamos a nuestros suscriptores que den cuenta a esta Administración de cualquier deficiencia que noten en el reparto del periódico.

HABLA EL VECINDARIO

Hablar de aumento de servicios municipales en esta época en que la política económica es el tiempo, pero como eso en consideración queja, nosotros hemos impuesto de la i

La escasez que los municipios sufren de calidad de ellos mío.

El barrido impropio de portancia calles es go tien car la

No; en Marruecos, casi todos los bienes sin producción, bienes que apoderarse de ellos para el t realizar una conquista noble, humana. Así lo ha hecho España, repartiendo gran parte

La semana taurina de Murcia

La corrida de mañana

La profunda emoción causada en Murcia por la cogida y muerte del bravo é infortunado Pepete, no bastó para quitar animación ni concurrencia que el domingo fue realmente extraordinaria en la vecina capital, dándose el caso de hallarse totalmente ocupadas fondas, hoteles y casas de viajeros, siendo muchas las personas que tuvieron que pasar la noche al sereno o confinadas en círculos de recreo, especialmente en el casino, en donde fue grande la concurrencia de forasteros durante la noche.

La entrada en la plaza, como dijimos, fue magnífica, sin que la amenaza de lluvia restase entusiasmos.

Con la corrida de mañana termina la semana taurina y bueno será reconocer que el empresario Sr. Albaladejo se ha hecho acreedor al agradecimiento de sus paisanos en primer término, por los enormes beneficios materiales que ha reportado con sus corridas al comercio en general, atrayendo a Murcia tan gran contingente de forasteros.

La corrida de mañana inspira gran interés a la afición regional por la fama que traen los niños sevillanos, que han obtenido ruidosos éxitos en cuantas plazas actúan. De esperar es que la plaza se vea llena.

Los seis novillos de López Navarro tiran bonito tipo y han gustado mucho en los corrales; veremos si andan tan bien de bravura.

La muerte de Pepete

El desgraciado diestro poco antes de morir encargó a su mozo de estoque que el traje de lince con la sangre que lo manchaba se lo llevara a su madre como recuerdo de su último día de vida; y que algunas de las prendas que llevaba puestas se le dieran a su novia.

A las nueve de la mañana del se verificó la conducción de desde la iglesia de San Juan terio de Nuestro Padre J

le hizo la autopsia. Las cintas las lleva las cuadrillas de M En la presidencia: Vicente Pastor, de Madrid; Pérez Mont; Fontes, D. la Agenc lix Faja nador de la prov A so d c

compañero el redactor de «El Porvenir» y notable escritor D. Vicente Pérez Pascual, a quien felicitamos.

—Mañana regresa a Madrid el Inspector de Infantería de Marina General del Valle, después de haber revistado las fuerzas de guarnición en esta plaza.

El Sr. del Valle marcha muy satisfecho del estado de las fuerzas, habiendo tenido frases de felicitación para jefes y oficiales.

—Entre las distinguidas señoras que han visitado la capital con motivo de las fiestas, hemos visto, acompañadas de sus esposos, a las de Sánchez Doménech, Sánchez Ocaña, Estelles, Alberti, Lozano, Calin, Richard, Gil de Pareja, y otras que sentimos no recordar.

—Ha regresado a ésta la distinguida esposa de nuestro amigo el notable médico y publicista D. Antonio Salvat y Navarro, encargado recientemente por el Gobierno de una misión sanitaria con motivo del cólera.

Un soneto para Bebé

Un verso, nuevo y gentil
y metálico y sonoro;
un precioso anillo moro
que pusiera el esmeril;
Una rosa, del Abril
que dentro el pecho ater
una perla en concha a
llena de aroma sut
Pues que tu l
idioma de luz
te daría, ni
Envue'
un diar
para



El nuevo comandante general
señor Alf

Desde L

Sr. Alcalde
to vemos
barr
de